

Pedro Gargantilla Madera  
Berta María Martín Cabrejas

# Embarazos y partos de las reinas de España

De Isabel la Católica a doña Letizia

la esfera  de los libros

## ÍNDICE

<i>Introducción</i> .....	11
1. Matrona, una profesión femenina .....	17
2. Magia y superstición en torno al embarazo .....	37
3. De afrodisiacos y gatillazos .....	53
4. El mito de la sangre real .....	77
5. Embarazos que nunca fueron .....	95
6. Muerte por sobreparto .....	107
7. Amas de cría en palacio .....	119
8. Enfermedades e intentos de regicidio .....	133
9. Partos y más partos .....	161
10. Desdichas en palacio .....	177
11. Vicios y debilidades palatinas .....	191
<i>Bibliografía</i> .....	201

## INTRODUCCIÓN

La historia de la humanidad se compone de guerras, alianzas, desuniones territoriales, grandes tratados internacionales y crónicas de hombres de Estado. En ella reyes, generales, conquistadores y grandes estadistas ocupan los titulares, dejando en un segundo o, incluso, tercer plano a las mujeres. Sin embargo, ELLAS han sido también indiscutibles motores de nuestra historia.

Si echamos la vista atrás y revisamos la historia de nuestra monarquía, las reinas, con sus debilidades, aficciones, obsesiones y, por qué no, también con sus intuiciones han puesto el acento en muchos de los capítulos más honrosos. Cada uno de los reinados está bañado de curiosidades, extravagancias y anécdotas que tienen a las reinas como protagonistas.

Nadie puede poner en duda que una de las figuras clave de la historia de España ha sido Isabel la Católica, a la cual la leyenda negra le ha atribuido una ignominiosa *fake news*: nunca se lavaba. Al parecer el origen se remonta al juramento —que nunca realizó— de que no se cambiaría de camisa hasta que no arrebatase Granada a los musulmanes. Una frase que corresponde realmente a su tataranieta Isabel Clara Eugenia, la hija de Felipe II y gobernadora de los Países Bajos, que prometió que no renovarían su vestuario hasta conseguir pacificar Flandes.

En lo político, el siglo XVI, dio sus primeros pasos con el fallecimiento de Fernando el Católico y la autoproclamación de Carlos de Habsburgo como rey de España. El aragonés se despedía de este mundo después de haber intentado lo imposible en sus segundas nupcias. Superada la sexta década de la vida, una edad que «pesaba» lo suyo en aquella época, se desposó con una adolescente francesa, Germana de Foix, de tan solo dieciocho primaveras. De aquel matrimonio de conveniencia, potenciado con algún remedio erotógeno, nació un niño al que bautizaron como Juan y que a punto estuvo de cambiar nuestra historia.

En 1517 —con tal solo diecisiete años— desembarcó Carlos en Tazones (Asturias) rodeado de consejeros flamencos y sin saber una sola palabra de español. Nueve años después se desposaría con una princesa portuguesa, Isabel, que sería su gran amor y a la que no dudó en nombrar «lugarteniente general y gobernadora» cuando marchó a Italia. Fue precisamente esta reina y emperatriz el eslabón decisivo para conseguir, tiempo después, la unidad peninsular.

El todopoderoso Carlos no vaciló ni un instante en mantener a su madre, la desequilibrada Juana, confinada en el palacio de Tordesillas. Aquella mujer de rostro ovalado, nariz delicada, piel clara y cabello rubio tenía todo en su contra para poder reinar: dos hermanos mayores, un marido ambicioso y un padre más preocupado por el tablero político que por su familia. Sin embargo, fue reina de Castilla de 1504 a 1555, y de Aragón y Navarra de 1516 hasta 1555, aunque no tuvo ningún poder efectivo.

Tras la abdicación de Carlos V el trono pasó a su hijo Felipe, que sería rey de España durante más de treinta años y de Portugal durante dieciocho. Un reinado jalonado por guerras, en el que, en el lado del haber, se produjo la victoria de la batalla de Lepanto y, en el lado del «debe», el sobradamente conocido, pero no tan rotundo como se nos ha hecho creer, descalabro de la Armada Invencible. Felipe también llegaría a ser rey de Inglaterra gracias a una mujer, a su segunda esposa, María Tudor.

Felipe III, el hijo de Ana de Austria, la cuarta esposa de Felipe II, no mostró ningún tipo de interés por los asuntos de Estado, cediendo

el poder a una serie de validos, el más famoso de los cuales fue el duque de Lerma. Su muerte prematura provocó que su primogénito, un adolescente príncipe de Asturias se sentase en el trono. Del matrimonio entre Felipe IV y su sobrina Mariana de Austria nació Carlos II, un rey enfermizo y débil que pondría fin a la dinastía, a pesar de intentar lo imposible con dos matrimonios de Estado.

La muerte prematura de Felipe IV obligó a Mariana de Austria a asumir la Regencia durante una década hasta que Carlos alcanzó la mayoría de edad. Fue un periodo difícil en el que, falta de experiencia política, tuvo que soportar traiciones, ataques, campañas de difamación y la confrontación con Juan José de Austria, hijo bastardo de su esposo y la actriz Inés Calderón.

El siglo XVIII se inauguró con un cambio dinástico, sentándose en el trono español el primero de los Borbones: Felipe V, un maniaco-depresivo de manual. Lejos de ser un cambio pacífico y sereno, fruto del consenso político entre las principales potencias europeas, fue la espita que encendió la llama de una guerra en la que se acabó implicando media Europa.

La primera mitad de ese siglo estuvo presidida por el quinto de los Felipes y la influencia que desde la distancia ejercía el todopoderoso Luis XIV, con la princesa de Ursinos infiltrada en la corte española. Fue precisamente este Borbón el que promulgó la Ley Sálica (1713), la que excluía a las mujeres del trono mientras hubiera varones, incluso en las líneas sucesorias laterales.

La princesa de Ursinos perdió su protagonismo en 1714, cuando el rey se casó en segundas nupcias con Isabel de Farnesio. Se inició un periodo de cambios culturales, que se tradujeron en la creación de la Biblioteca Nacional, la Academia de la Lengua, la de Medicina y la de Historia.

Entre las virtudes de Isabel se encontraba la nada despreciable de calmar los delirios de su esposo, al menos parcialmente, algo que consiguió contratando al mejor cantante operístico del momento, al *castrato* Farinelli. Un bálsamo antidepresivo, ante la ausencia de farmacoterapia, con

el que conseguiría cierta estabilidad emocional. Hay que tener en cuenta que la enajenación mental del soberano pasaba por negarse a cambiarse de ropa, a no cortarse las uñas de los pies hasta que la deambulación se hiciese más que imposible o a dormir por el día y despachar los asuntos de gobierno a altas horas de la madrugada.

El cambio de la siguiente centuria lo presidiría Carlos IV. Fue un tiempo de incertidumbres, en el que el espíritu reformista, heredero de la Ilustración, amenazaba con demoler los pilares de la monarquía. Este soberano se desposó con María Luisa de Parma, nieta de Luis XV, una mujer libertina e infiel que confesaría en el lecho de muerte que ninguno de sus hijos era realmente del rey. De ser esto cierto, con Carlos IV la dinastía Borbón se habría extinguido en España.

El reinado de este soberano se vio interrumpido por la invasión de las tropas napoleónicas y la ocupación del trono por José Bonaparte, el *rey intruso*, la cual se prolongó durante cinco largos años, durante los cuales su esposa —Julia Clary— nunca llegó a pisar suelo español, a pesar del interés del monarca y de los afrancesados en contar con su presencia en la corte madrileña.

En 1829, tras la muerte de María Amalia de Sajonia, Fernando VII, el sucesor de Carlos IV, se apresuró a contraer matrimonio. Su salud estaba muy quebrantada y todo hacía suponer que no le quedaban muchos años de vida. Por aquel entonces el heredero al trono era su hermano Carlos. Entre las posibles candidatas el soberano eligió a su prima María Cristina. La razón no fue otra que en su familia todas las mujeres habían sido muy fértiles.

La reina cumplió su misión y no tardó en alumbrar a una niña, la futura Isabel II. El rey se apresuró, antes de que la muerte visitase palacio, en dar a conocer una disposición por la cual su hija se convertía en heredera del trono por delante de su hermano Carlos. Con aquella decisión la polémica estaba servida.

El pleito familiar se zanjó con las armas, los partidarios de Carlos María Isidro —los carlistas— encarnaban la esencia del absolutismo,

enfrente de ellos estaban los defensores de Isabel —los isabelinos— que abogaban por una monarquía constitucional. Los bandos eran los estandartes de dos Españas muy diferentes. Los escenarios de las guerras carlistas fueron, por una parte, el País Vasco y Navarra y, por otra, la Cataluña interior y el Maestrazgo. La Primera Guerra Carlista concluyó con el conocido abrazo de Vergara, entre Maroto y Espartero, con el cual se reconciliaban ambos bandos y los carlistas reconocían a Isabel II como reina de España.

Isabel era una mujer temperamental, apasionada, caprichosa y fogosa que vivió toda su vida en una fiesta continua. Su matrimonio fue una pantomima que propició que por su alcoba desfilara una pléyade de amantes de toda condición y profesión, hasta el punto de que algunos historiadores no han dudado en tildarla de ninfómana. En 1868, por culpa de un alzamiento revolucionario —la *Gloriosa*— no tuvo más remedio que exiliarse.

Tras el derrocamiento y ante la sospecha más que fundada de que la sociedad española no estaba preparada para una república, las Cortes Generales optaron por buscar una dinastía de nuevo sello. Tras una concienzuda búsqueda el foco recayó sobre la figura de Amadeo, duque de Aosta. La verdad es que el aquel rey, impuesto a los españoles con calzador, no pudo comenzar con peor pie, ya que nada más pisar su nueva patria fue informado de que su gran valedor —el general Prim— había fallecido tras sufrir un atentado en la madrileña calle del Turco.

Durante los apenas tres años que duró su reinado, Amadeo no consiguió ganarse la confianza del pueblo ni la de los políticos, por lo que, cansando ante tanta perturbación, decidió irse por donde había venido, dejando para otro aquel regalo envenenado. A renglón seguido las Cortes proclamaron la República como forma de gobierno, con 258 votos a favor y tan solo 32 en contra. Veintidós meses duró aquella aventura política, un efímero paréntesis que terminó devolviendo el trono a los Borbones, en la figura de Alfonso XII. La Restauración comenzó como había terminado, de forma abrupta y con el pronunciamiento del militar

Martínez Campos. Más adelante la Segunda República acabaría también con otro golpe de Estado, el del general Francisco Franco.

Si hay un adjetivo que define el reinado de Alfonso XII es «inacabado», debido a su muerte prematura e inesperada, cuando estaba a punto de cumplir los veintiocho años. Eso sí, tuvo tiempo para engendrar, aunque fuera a título póstumo, a Alfonso XIII, el único de la historia de las monarquías que fue rey el día de su nacimiento. Esto obligó a María Cristina de Habsburgo-Lorena a asumir el título de reina regente, rehusando el nombramiento de reina gobernadora.

El reinado de Alfonso XIII se continuó hasta la proclamación de la Segunda República Española, el 14 de abril de 1931. Con su matrimonio con Victoria Eugenia de Battenberg introdujo la hemofilia en la realeza española, un azote sanguíneo que alteró la línea sucesoria de los Borbones, cuya última derivada fue el matrimonio morganático entre Felipe y Letizia, la primera reina de nuestra historia con carrera universitaria, divorciada y no perteneciente a una familia real.

Alpedrete, abril de 2022

## MATRONA, UNA PROFESIÓN FEMENINA

Winston Churchill dijo en cierta ocasión que «la guerra es algo tan importante que no debería ser dirigida por militares», parodiando esta sentencia podríamos decir que el «parto es algo tan importante que no debería ser realizado por médicos». Precisamente esto fue lo que pasó durante siglos, en los cuales hablar de partos era *hablar de mujeres*, de matronas.

Como suele suceder con el resto de las profesiones, el prestigio y el reconocimiento pasa por su historia, su legado y las tareas que ha desempeñado a lo largo de la historia. En todas las épocas y culturas han existido mujeres que han ayudado a las parturientas mitigando su dolor, asistiendo el alumbramiento y, por tanto, ocupándose del recién nacido.

El *arte de partear* ha evolucionado, al menos al comienzo, de una forma muy rudimentaria, con transmisión oral y bajo influencias místicas y religiosas, por lo que tuvo un largo peregrinar hasta que, finalmente, se abrió la ventana del conocimiento científico.

Etimológicamente, la palabra obstetricia toma su nombre de *obstetrix*, que era como se llamaba a las parteras en la antigua Roma, la cual deriva a su vez del verbo *obstare*, que puede traducirse como «estar al lado» o «delante de». En este sentido la partera sería la mujer que acompañaba a la parturienta y le ayudaba durante el parto.

Directamente relacionados con el parto tenemos dos vocablos, comadrona y matrona. La primera proviene de co-madre, es decir, al mismo nivel que la madre, mientras que el término «matrona» (de la raíz *mater*, madre) tiene un cierto halo de autoridad, ya que era la mujer garante de los valores sociales en la Roma imperial. La matrona era, por aquel entonces, una mujer casada que solía pertenecer a la alta sociedad patricia y era un modelo en cuanto a comportamiento.

### **La profesión más antigua de la historia**

En el largo y tortuoso camino de la evolución humana, y con la aparición de ciertas modificaciones óseas que permitieron la bipedestación, la pelvis del *Homo sapiens* se volvió más estrecha, provocando que el parto fuera más laborioso. A diferencia de lo que sucede en el resto de los primates, en donde el canal del parto es recto, en el ser humano el útero y la vagina forman un ángulo y, además, tiene la forma de un «cilindro retorcido» que cambia de diámetro, como si fuera un tornillo doblado.

A estos hechos hay que añadir el gran tamaño del cerebro humano, otra *trampa biológica* que hacía imposible que la madre pudiera ayudar al bebé a abandonar el canal del parto sin doblarle hacia atrás el final de la columna vertebral.

Es posible que en las épocas más remotas el parto fuera un acontecimiento casi solitario, con escasa ayuda —época preobstétrica—. A esto se refirió precisamente Homero en uno de sus versos cuando relata el escenario típico de un parto solitario:

Apolo, hijo de Júpiter y de Latona, va a nacer, Ilitia, árbitro de los dolores, vuela a Delos donde está Latona. Esta, sintiéndose próxima a parir, se sobrecoge, y abrazándose a una palmera, apoya las rodillas en el tierno césped. La tierra entonces le sonrío y nace Apolo.

Resulta sobrecogedor imaginar aquellos partos, una soledad y unos riesgos ostensiblemente mayores de que los que podrían darse hoy en día, sin ningún tipo de asistencia sanitaria. Las gestantes, alejadas de la vista de sus compañeros, estaban expuestas al entorno, al clima, a la geografía, a los depredadores y, evidentemente, a la falta de salubridad, en un mundo gobernado por seres microscópicos. Cuando uno se detiene a analizar todos estos factores no puede por menos que sorprenderse de que la humanidad haya podido salir adelante.

Parece lógico pensar que en las sociedades nómadas de cazadores-recolectores tan solo las mujeres capaces de tener un parto normal pudiesen alumbrar y sobrevivir. Tras el parto las mujeres sujetarían al recién nacido a su cuerpo con pieles de animales, para proporcionarle calor y poder llevárselo así durante la recolección de alimentos. Para que los bebés pudieran vivir era necesario una lactancia prolongada, la cual de alguna forma contribuiría al control de la natalidad.

Según el discurso historiográfico más común, la división sexual del trabajo en el Neolítico sentó las bases de las distintas ocupaciones agrupadas por el sexo, en principio —y de un modo general que requiere matizaciones— las labores productivas atañerían a los hombres y las reproductivas a las mujeres.

Las labores reproductivas, ligadas a un fuerte determinismo biológico, supusieron que fuera la mujer y solo ella, la encargada de las labores del cuidado de los hijos, debiendo permanecer en el hogar ocupándose de la prole. Con todo esto, las tareas de cuidados conllevarían otros aspectos de importante relevancia para la supervivencia del grupo; fueron ellas las que aprendieron a reconocer qué alimentos eran los más saludables o los remedios naturales destinados a resolver problemas de salud.

Con el paso del tiempo, las mujeres más ancianas del grupo, seguramente las que pertenecían a la familia en un principio y luego las de la comunidad, colaboraron en los partos. En ese lento caminar, algunas mujeres, las más experimentadas y las más hábiles, acabarían especializándose en la asistencia en los partos. Su presencia marcaría en muchos

casos la diferencia entre la vida y la muerte. En aquellos momentos, por razones que se nos antojan obvias, los varones quedarían excluidos.

Es precisamente esta hipótesis deductiva la que ha hecho sostener a algunos estudiosos, como por ejemplo las antropólogas Werida Trevathan y Karen Rorenberg, que fue la comadrona, y no la prostituta, la primera profesional de la humanidad.

### **Cerveza y azafrán, analgesia para parturientas**

Poco a poco, al lado de la comadrona empezó a aparecer una pléyade de personajes, entre los que se encontraban hechiceras, curanderas y brujas. A ellas se recurriría en los partos más complejos, en aquellos que la experiencia —a través del método de ensayo y error— hacía pensar que terminarían con la muerte de la madre y/o del recién nacido. Aquellas mujeres invocarían a las divinidades, tratando de conseguir lo que la naturaleza se negaba a proporcionar.

Sabemos que en el Antiguo Egipto tanto la profesión del médico, como la del veterinario y la comadrona eran libres y gozaban de enorme prestigio entre la ciudadanía. La palabra egipcia *msi* —dar a luz— suele aparecer seguida de un jeroglífico en el que se nos muestra a una mujer pariendo en cuclillas o agachada sobre dos ladrillos o piedras.

Los papiros médicos toman su nombre de los descubridores, del lugar donde fueron encontrados o de los museos en los que se hallan actualmente y son una fuente inagotable de conocimiento que nos permite descubrir más detalles sobre la civilización que creció en torno al Nilo. Así, por ejemplo, en el papiro de Ebers —escrito en torno al 1500 a. de C.— hay algunos aspectos ginecológicos que no dejan de sorprendernos. Allí se dan las pautas de cómo determinar el sexo del feto, de cómo acelerar el parto, de cómo establecer el pronóstico a corto plazo del recién nacido, según su llanto y la forma de sustentar la cabeza, y de cómo se debe asistir a un parto.

El papiro de Kahoun (escrito hacia 1900 a. de C.) tiene apenas una treintena de páginas, pero ofrece descripciones asombrosas de las enfermedades del útero y de la vagina, así como de los métodos de diagnóstico de embarazo que usaban los médicos egipcios y de cómo se realiza la determinación prenatal del sexo.

Por último, en el papiro de Westcar (fechado en torno a 1700 a. de C.) se describe el método que permitía calcular la fecha aproximada del parto, así como los instrumentos que facilitaban el mismo (sillas, recipientes, plantas medicinales).

En la civilización de los faraones el alumbramiento solía realizarse en cobertizos acondicionados para ello, lo que se conocía como *el pabellón del nacimiento*; estaba fabricado a partir de ramas y contenía tapices, cojines, taburetes y diferentes objetos de aseo. En aquellos acogedores lugares la parturienta permanecía durante las dos semanas siguientes al parto.

Los relieves de la época nos muestran a la madre completamente desnuda, con el busto erguido y sentada sobre un *taburete de nacimiento*, que consistía, básicamente, en un asiento con un agujero lo suficientemente grande para que pudiera pasar el recién nacido. En otras ocasiones, las gestantes aparecen agachadas sobre cuatro ladrillos rituales, lo cual nos hace pensar que habría diferentes tipos de aproximación al parto.

De lo que parece no existir ningún tipo de dudas, es de que el parto era dirigido por las comadronas, que disponían de métodos mágicos y obstétricos para el desempeño de su función. Se repartirían los puestos, mientras que unas sujetaban a la parturienta por la espalda y los brazos al tiempo que pronunciaban fórmulas mágicas, otras extendían compresas alrededor del vientre con las que pretenderían acelerar el momento del parto.

Aquellas matronas egipcias invocarían la ayuda de los dioses benefactores, entre los cuales se encontraban, a buen seguro, Tauret, Bastet, Hathor y Bes. Tauret o Tueris la Grande era una deidad con cabeza de hipopótamo o de mujer, cuernos y disco solar, grandes pechos, patas de león y cola de cocodrilo. Era hija de Ra y ayudó a Horus, el dios

halcón, en su lucha contra Set. Sabemos que las mujeres embarazadas portaban amuletos con su imagen para favorecer la abundancia de la leche materna tras el parto.

La diosa Bastet se representaba bajo la forma de un gato doméstico, habitualmente como una mujer con cabeza felina que llevaba un *ank* —símbolo de la vida— o un sistro —instrumento musical—. Representaba, en el panteón egipcio, la personificación de los rayos solares, protegía los nacimientos, y a las embarazadas de las enfermedades y de los malos espíritus.

Hathor era una diosa zoomorfa que estaba implícitamente vinculada a la vaca, presentaba unos cuernos bovinos, rodeando el disco solar. Esta diosa se ocupaba, fundamentalmente, de la crianza del lactante, pero también de las parturientas. En ese sentido, se ha encontrado un relieve en el *mammisi* —casas de nacimiento divino— del templo ptolemaico de Dendera, en el que se representa a una mujer cobijada en una pequeña *naos*, en cuclillas, y preparada para alumbrar, mientras la asisten unas comadronas con cabeza de vaca y tocado hathórico.

Al dios Bes se le representaba como un enano de mejillas hinchadas con un mentón en forma de abanico, con el que sembraba el terror entre los dioses maléficos y es, curiosamente, la única divinidad que aparece representada exclusivamente en perspectiva frontal. Su misión era proteger el embarazo, además del matrimonio y de los niños pequeños.

De los papiros se deduce que aquellas experimentadas comadronas suministraban bebidas embriagantes —fundamentalmente elaboradas a partir de cerveza, con polvo de azafrán disuelto— para atemperar los dolores. Una vez se producía el parto serían las parteras que habían ayudado las que recogerían al bebé, lo limpiarían y vestirían adecuadamente, al tiempo que facilitarían la expulsión de la placenta con duchas de aceite tibio. Con frecuencia la placenta era enterrada en la casa o bien arrojada al Nilo para asegurar la supervivencia del niño.

El cordón umbilical era cortado con un cuchillo especial, que a modo de metáfora suponía el inicio hacia un nuevo tránsito, el de la vida. Este

utensilio solía ser de sílex, un material relacionado —por su dureza— con la eternidad. Una vez cortado el cordón umbilical se dejaba secar y se conservaba; en muchas ocasiones acompañaría al individuo a lo largo de su vida, incluso en la tumba.

### **Parto gemelar en la Biblia**

La primera matrona con nombre propio aparece en la Biblia, se la sitúa en Palestina y se llamaba Débora: «La nodriza de Rebeca murió y fue sepultada en las inmediaciones de Betel, debajo de una encina» (Génesis 35, 8). Esta mujer fue ama de cría de Rebeca, la mujer de Isaac y madre de Jacob y Esaú, a la que ayudó además en sus partos.

El papel de las comadronas en la asistencia y acompañamiento es de enorme importancia, ya que en los Textos Sagrados se recoge el castigo divino impuesto a Eva por desobediencia: «Multiplicaré los sufrimientos de tus embarazos: darás a luz a tus hijos con dolor» (Génesis 3,16). Es precisamente en esta cita en la que se basan algunos estudiosos para considerar que el parto era un momento sucio, tan solo adecuado a comadronas y capadores de cerdos.

También en el primer libro del Antiguo Testamento se recoge el parto complicado de Raquel, la mujer de Jacob, que acabará falleciendo durante el nacimiento de Benjamín:

Cuando faltaba todavía un trecho hasta Éfrata, Raquel tuvo un mal parto. Sucedió que, en medio de los apuros del parto, le dijo la comadrona: «¡Ánimo, que también este es hijo!».

Entonces ella, al exhalar el alma, cuando moría, le llamó Ben Oní, pero su padre le llamó Benjamín» (Génesis 36, 16-18).

Este texto puede ser considerado la primera referencia de la historia de una muerte materna durante el transcurso del parto, además de que

la comadrona, mediante un tacto vaginal, fuese capaz de conocer el sexo del bebé, lo que significa que, sin duda, se trataba de una presentación de nalgas.

En otra parte del Génesis se nos cuenta el nacimiento de los gemelos de Tamar —la nuera de Judá— e incluso se describen las maniobras que realiza la comadrona en el parto:

Y ocurrió que, durante el parto, uno de ellos sacó la mano, y la partera le agarró y le ató una cinta escarlata a la mano, diciendo: «Este ha salido el primero». Pero entonces retiró la mano y fue su hermano el que salió (Génesis 38, 28-30).

De este fragmento podemos deducir que la partera no solo estaba presente, sino que también tomaba parte activa en el parto y, por otro lado, parece que era consciente de que se enfrentaba a un embarazo gemelar. Desde luego, la supervivencia de ambos niños deja entrever la competencia y habilidad de aquella profesional.

En el libro del Éxodo se señala la forma que tenían las gestantes de parir, lo hacían sobre dos piedras, y se nos cuenta que eran mujeres en edad reproductiva las que las ayudaban a hacerlo. Tanta era la importancia de estas mujeres que se las cita específicamente: Sifrá y Púa.

### **Comadronas en el nacimiento de Cristo**

Se utiliza el término «apócrifo» para referirse a aquellos textos que, a pesar de su carácter sagrado, no tienen solidez doctrinal y, además, incluyen elementos contradictorios con la verdad revelada, o son de dudosa atribución. El escrito apócrifo ortodoxo más antiguo que se conserva íntegro es el Protoevangelio de Santiago, redactado en el siglo II, en el que se cuentan aspectos relacionados con la vida de María y la infancia de Cristo.

Allí se cuenta que hubo parteras en el nacimiento de la Virgen:

Los meses de Ana se fueron cumpliendo, hasta llegar al noveno mes y dio a luz. Cuál fue la alegría de Ana, cuando sintió el primer llanto, y sin preocuparse del normal instante de dolor físico del parto, preguntó a la partera: «¿Qué he parido?». La partera contestó: una niña» (XI, 5,2).

El del Pseudo Mateo es otro de los Evangelios apócrifos. Allí se recoge cómo las parteras hebreas Salomé y Zelomí fueron requeridas por José para atender el parto de la Virgen María, describiendo incluso un tacto vaginal:

Mandó el ángel parar la caballería, porque el tiempo de dar a luz se había echado ya encima (...). Hacía un rato que José se había marchado en busca de comadronas. Mas, cuando llegó a la cueva, ya había alumbrado María al infante. Y dijo a esta: «Aquí te traigo dos parteras: Zelomí y Salomé. Pero se han quedado a la puerta de la cueva, no atreviéndose a entrar por el excesivo resplandor que la inunda».

Oyendo estas palabras María, se sonrió, mas José le dijo: «No te sonrías. Sé más bien prudente, no sea que luego vayas a necesitar algún remedio». Y mandó que una de ellas entrara dentro. Entró Zelomí y dijo a María: «Permíteme que te palpe». Y cuando se lo hubo permitido María... (Evangelio del Pseudo Mateo, XIII, 1-3).

En un capitel románico de la galería porticada de la iglesia de la Asunción de Duratón (Segovia) aparece representada una escena, de influencia apócrifa evidentemente, en la que podemos contemplar la presencia de dos comadronas —Salomé y Zelomí— en el momento del parto.

En la misma línea argumental, en el *Liber de Infantia Salvatoris* se cuenta que José reconoce la necesidad de disponer de una comadrona para atender a María en el momento del parto, por eso envía a su hijo Simeón a buscarla. Una joven, probablemente una aprendiz, es la primera en llegar, adelantándose a su maestra. Es precisamente ella la que realiza la exploración de María:

Díjole José (a su hijo Simeón): «Yo no me retiraré de su lado; mas tú, como joven que eres, vete ligero, entra en la ciudad y busca a una comadrona para que venga junto a la doncella, pues una partera es de gran ayuda para la mujer que está en trance de alumbrar (...)». Y en esto, he aquí que viene una muchacha con el taburete que utilizaba para asistir a las parturientas. Esta se paró. Al verla, se llenaron de admiración y José le dijo: «Hija, ¿a dónde vas con este taburete?». La muchacha respondió en estos términos: «Me ha mandado aquí mi maestra (...). Ella viene detrás.

Más adelante José presenta la partera a su esposa:

Mira, te he traído a la comadrona Zaquel (...). Después de que esta consintió en ser examinada por espacio de algunas horas, exclamó la comadrona y dijo a grandes voces: «Misericordia, Señor y Dios grande, pues jamás se ha oído, ni se ha visto, ni ha podido haber en sospecha (humana) que unos pechos estén henchidos de leche y que a la vez un niño recién nacido esté denunciando la virginidad de su madre...

En definitiva, en un acontecimiento histórico tan importante como el nacimiento de Jesucristo aparece registrada, al menos en los textos apócrifos, la figura de una comadrona. Durante los siglos posteriores, la iconografía recogerá este suceso, apareciendo las parteras bien lavando al niño o atendiendo a la Virgen.

### **Doulas en la antigua Grecia**

A los ojos de la sociedad actual nos puede parecer llamativo que en la antigua Grecia la mujer no se constituyera por entero como mujer hasta que se convertía en madre. Un reconocimiento social que únicamente podía darse en el preciso instante de parir un hijo sano y que, además, fuese reconocido por el padre. De este modo, se hablaba de *parthenos*, la

mujer joven, la *numphé*, la mujer que todavía no había procreado, y la *guné*, la mujer que había alumbrado a su primer hijo.

De esta suerte el alumbramiento era un momento de transición, en él un nuevo ser pasaba a formar parte de la polis, lo que conllevaba una enorme responsabilidad para la madre, que tenía que conducirlo desde «la oscuridad de sus entrañas hasta las rodillas del padre». Y es que, siguiendo la doctrina hipocrática, era el niño y no la madre el que iniciaba el momento del parto: «Cuando le llega a la mujer el momento del parto, ocurre entonces que el niño, al moverse y agitar manos y pies, rompe una de sus membranas interiores». Dicho de otra forma, la madre era un elemento pasivo que daba soporte a un nuevo miembro de la ciudad estado.

Además, Hipócrates entendió que el momento del parto se produce en el preciso instante en el que el feto está «obligado por el hambre y nace en virtud de sus fuerzas; pero esto solo ocurre cuando tiene la cabeza hacia abajo, apoyando los pies en el fondo de la matriz. De ahí se desprende como lógica consecuencia que, en cualquier otra posición, el parto es imposible y la mujer debe ser liberada del producto de la concepción mediante instrumentos embriológicos».

En esos partos complicados los griegos imploraban la ayuda de los dioses, en especial la de Ilitia, la diosa de los nacimientos, de los partos y de las comadronas. Era hija de Zeus y de Hera, y su función era auxiliar a todas las parturientas. Las narraciones mitológicas nos cuentan que su madre la mantuvo ocupada para que no auxiliara a Alcmena, en el parto de Heracles, ni a Leto, cuando alumbró a los gemelos Artemisa y Apolo.

La profesión de partera en la antigua Grecia tenía un mayor grado de especialización de lo que podíamos pensar *a priori*; quedaba establecido que tan solo podían partear aquellas mujeres que habían tenido descendencia y que no estaban en edad fértil. Dentro de ellas se hacía, a su vez, una subdivisión: las más curtidas serían consultadas en los partos más complejos y las más inexpertas únicamente podrían participar en los partos no complicados.

Fue hacia el siglo VI a. de C cuando las comadronas disfrutaron de un mayor prestigio social. Una de las primeras parteras de nombre conocido fue Phainareté, la madre de Sócrates. No es casual que el único camino para alcanzar el conocimiento, según la filosofía socrática, sea la mayéutica —el arte de los partos— en alusión al proceso de «parir» el conocimiento a través del diálogo.

Tiempo después, hacia finales del siglo IV a. de C., vivió en Atenas una mujer llamada Agnódice, que disfrazada de varón se atrevió a viajar hasta Alejandría para aprender el arte de la medicina. Tras un largo periodo de formación regresó nuevamente a Grecia, donde ejerció la ginecología. No tardaría en ser denunciada por haber atendido un parto, siendo preciso que revelase su verdadera identidad para evitar ser condenada a muerte.

En los últimos años está cada vez más extendida la profesión de las doulas, mujeres que se apoyan unas a otras tanto en la asistencia del embarazo como en la del parto, y lo hacen o bien en domicilios o bien en entornos hospitalarios. El origen del término arranca en la antigua Grecia, en donde una doula era una esclava o sirvienta que ayudaba a su señora en los partos. El término recobró actualidad a partir de la publicación del libro *The Tender Gift: Breastfeeding* (1976), de la antropóloga Dana Raphael.

### **La silla romana de parir**

En Roma las mujeres seguían siendo las encargadas de auxiliar a las parteras, los médicos lo hacían excepcionalmente, tan solo cuando las parteras los llamaban porque estimaban que la vida de la madre o del bebé corría peligro. A pesar de todo fue un médico, Sorano de Éfeso, que vivió allá por el siglo II, el primero en escribir un tratado de ginecología. Se titulaba *Libro de las enfermedades de las mujeres* (*De morbis mulierium*) y constaba de cuatro tomos.

La primera parte se refiere a las condiciones que tiene que tener la matrona: «Debe ser robusta y de fuertes brazos, tener largos y finos dedos con cortas uñas en sus extremos». El autor, además, afirma que para ejercer esta profesión es un requisito indispensable saber leer y escribir, además de «tener buena memoria, ser industriosa y paciente, moral para inspirar confianza; estar dotada de una mente sana y tener una constitución fuerte».

En la tercera parte del libro, el médico romano hace referencia al parto, analizando cómo tienen que ser atendidos tanto la madre como el recién nacido. Allí cuenta que el principal instrumento del que se valen las comadronas es la silla de parir, un mueble que dispone de respaldos, brazos y un asiento con un orificio circular o en forma de media luna por el que pasa el recién nacido. En aquella época la comadrona acudiría con su silla de parir hasta la casa de la gestante.

Las comadronas romanas —*obstetrices*— eran mujeres autodidactas, sin ningún tipo de entrenamiento ni preparación específica, que ejercían el arte del parto siguiendo normas establecidas a través de la tradición oral.

### **Cirujanos barberos que ayudan a comadronas**

Clásicamente se afirmaba que el medievo fue el reino de la ignorancia y las tinieblas, y que en el terreno de la cultura se produjo un enorme retroceso. Sin embargo, cada vez más esta afirmación está sujeta a revisión y disponemos de un mayor número de datos que nos hacen pensar que, como en todos los periodos de la historia, existieron sus luces y sus sombras y el campo de la medicina no fue diferente.

En lo que se refiere al conocimiento de las matronas medievales podemos acceder a él través de la nutrida representación que disponemos de escenas de parto en la iconografía medieval, tanto para ilustrar determinados pasajes religiosos como para reflejar escenas de la vida diaria. Las

matronas se nos muestran como mujeres distinguidas que atienden casas solariegas o lujosos palacios, y las crónicas señalan que recibían salarios acordes con el estatus social de la gestante.

De acuerdo con el teocentrismo imperante en la época, no todas las mujeres podían ejercer de comadronas, tan solo aquellas que fuesen de moral elevada y lo más devotas posibles. Hay que tener en cuenta que podría darse el caso de que el recién nacido llegara sin fuerzas y que su vida corriese peligro, por lo que, en ausencia de un sacerdote, sería la propia comadrona la que tendría que administrar el sacramento del bautismo, sin el cual no llegaría al reino de los cielos.

En el imaginario colectivo quedó la imagen de una anciana, conocedora de hierbas capaces de acelerar la dinámica del parto y de las técnicas más básicas, que se desplazaría por las villas ofreciendo sus servicios. Serían mujeres sin conocimientos médicos que ejercerían su profesión en una encrucijada formada por la ciencia, la superstición y la magia, en donde la experiencia sería un pilar básico.

Una excepción a esta regla es la figura de Trótula de Ruggiero (1050-1097), una mujer excepcional que llegó a ser profesora de la afamada Escuela de Salerno, el primer centro que permitió el acceso de la mujer a la enseñanza médica. Ella fue la autora de *De passionibus mulierum curandorum*, el tratado más famoso de obstetricia y ginecología del medievo.

En el siglo XIII, junto a la figura de las comadronas, aparece la de los cirujanos barberos que no eran médicos, sino «hombres de oficio» que desempeñan una labor de apoyo a las comadronas. Mediante el empleo de instrumentos quirúrgicos, sobre los cuales tenían los derechos de exclusividad, asistían únicamente los partos difíciles. De forma excepcional, en caso de muerte materna, y tan solo si no estaba disponible el cirujano barbero, la Iglesia obligaba a la comadrona a realizar la cesárea, de la que hablaremos más adelante, para procurar la supervivencia del niño.

## La profesión de matronas se regula

Desde el siglo XV existen en los reinos castellanos referencias legales sobre la formación y práctica del oficio de matrona. Así, en 1434 las Cortes de Zamora, y tiempo después las Ordenanzas de Madrigal (1448), promulgaron cartas de aprobación a matronas para que pudieran desempeñar su oficio con libertad. Detrás de este fenómeno legitimador estaba la figura de María de Aragón, reina de Castilla y esposa de Juan II.

En *La Celestina* la protagonista tiene una relación muy estrecha con la ginecología, en especial en lo relacionado con la reconstrucción de virgos:

*Pármemo:* Ella tenía seis oficios, conviene a mi saber: lavandera, perfumera, maestra de hacer afeites y de hacer virgos, alcahueta y un poquito hechicera (...). Hacíase física de niños.

Más adelante vuelve a referirse a ello en los siguientes términos:

*Pármemo:* Esto de los virgos, unos hacían de vejiga y otros curaba de punto.

No se muestra como matrona, pero sí muy cercana a ese oficio:

*Celestina:* Así era tu madre (refiriéndose a la de Pármemo), que Dios haya, la prima de nuestro oficio, y por tal de todo el mundo conocida y querida (...). Que fue su principal oficio partera diez y seis años.

En aquella época las parteras también tenían ciertos conocimientos médicos. Nuevamente en la obra de Fernando de Rojas podemos leer:

*Celestina:* Y aun darte he unos polvos para quitarte ese olor de la boca, que te huele un poco, que en el reino no lo sabe hacer otra sino yo (...).

*Lucrecia (a la Celestina)*: Te ruega mi señora sea de ti visitada, y muy presto, porque se siente muy fatigada de desmayos y de dolor del corazón.

En el siglo XVI el médico francés Ambroise Paré (1510-1590) se convirtió en el gran maestro y guía de las comadronas en la maternidad más famosa de Europa, el Hotel Dieu de París. Allí sus enseñanzas pusieron de moda el parto de pies y de nalgas, siendo especialmente crítico con la práctica de las cesáreas.

Cuando el siglo XV daba sus últimos coletazos los Reyes Católicos promulgaron una pragmática que regulaba el ejercicio profesional de las matronas a cargo del famoso Tribunal del Real Protomedicato. Esta disposición no hizo sino incrementar el prestigio de su profesión, si bien esta regulación tuvo tan solo un carácter transitorio, siendo abolida más adelante por Felipe II (1572).

La aparición de la imprenta supuso un cambio importante en el pensamiento escrito e iconográfico, haciendo posible la difusión de las obras y permitiendo la aparición de una extensa iconografía relacionada con el parto.

En el siglo XVI se publicaron en España algunas obras encaminadas a la instrucción de las parteras, como la de Damián Carbón titulada *Libro del arte de las comadres o madrinas y del regimiento de las preñadas y paridas y de los niños* (1541), que fue el primer libro escrito en castellano en esta materia. Le seguiría Luis Lobera de Ávila con una obra titulada *El regimiento de la salud y de la esterilidad de los hombres y de las mujeres* (1551) y Francisco Núñez con el *Libro del parto humano* (1580). En ellos no solo aparece una descripción anatómica, sino que se distinguen el parto natural del complicado y se dice qué hacer en cada situación y cómo atender en cada caso al recién nacido.

En 1522 el doctor Wertht, un galeno de Hamburgo, se disfrazó de mujer para poder presenciar un parto, pero tuvo la desdicha de ser descubierto *in fraganti* y, como consecuencia, castigado a ser quemado vivo en la hoguera.

## El secreto de los Chamberlen

Desde que nuestros antepasados se pusieron de pie y alargaron la pelvis ósea, algunos partos se hicieron, ya no difíciles, sino imposibles por vía natural. En algunos casos los bebés se quedaban atascados en el canal del parto teniendo que ser sacados a la fuerza y, a menudo, en pedazos.

Tuvieron que pasar muchos siglos hasta que un cirujano barbero británico —Peter Chamberlen— inventase un instrumento, el fórceps, dotado de dos ramas para adaptarlas a la cabeza fetal y de este modo guiar al neonato hacia su viaje al exterior. Era el año 1628. A partir de ese momento aquel artilugio lo usaron tres generaciones de parteros que lo mantuvieron en el más riguroso de los secretos, hasta el extremo de que cuando eran llamados para asistir a un parto lo llevaban debajo de una capa, que luego extendían sobre el lecho de la partera y cuando acababan volvían a ocultarlo bajo «la capa que todo lo tapa». No conformes con esto, exigían, además, que todas las personas saliesen de la habitación y vendaban los ojos de la parturienta.

El fórceps tiene forma de dos pinzas curvas, con dos ramas similares que se articulan entre sí, adaptándose a la cabeza fetal y a la pelvis materna, de forma que se pueda facilitar la extracción del bebé en los partos complicados, lo que en términos científicos se conoce como distócicos.

Con el paso del tiempo, afortunadamente, el secreto fue descubierto y su uso se generalizó. En el siglo XVIII el fórceps sería modificado, añadiendo la curva pélvica a las ramas y, más adelante, una curva perineal. Gracias a este invento se salvaron muchas personas de una muerte segura, probablemente, si se hubiera divulgado antes el número habría sido más elevado. El fórceps de los Chamberlen podría ser considerado uno de los primeros ejemplos de patentes médicas de la historia.

El año 1650 fue trascendental para la obstetricia, fue el momento en el que los cirujanos tuvieron acceso a la sala de partos del Hotel Dieu en París, lo cual permitió que iniciaran sus prácticas en este campo.

Ya en nuestro país, en 1804 el rey Carlos IV expidió una real cédula en la que se explicitaban las ordenanzas generales sobre los exámenes de las matronas, con el objetivo principal de evitar el intrusismo profesional. En 1888 un real decreto aprobó el reglamento que establecía los conocimientos y prácticas que debían adquirir los estudiantes, así como los exámenes que debían realizar.

La comadrona no solo recobró su papel tradicional, sino que se le abrieron nuevos horizontes con la figura de Florence Nightingale (1820-1910), la creadora de la enfermería moderna. En sus escritos se puede leer:

Yo llamo comadrona a una mujer que ha recibido tal formación científica y práctica que le permite ocuparse de todos los casos del parto normal y anormal, estando tan solo sujeta a la consulta, como cualquier otro comadrón. Tal formación no puede realizarse en menos de dos años (...) ninguna formación de seis meses de duración permite a una mujer ser algo más que una enfermera que atiende partos.

La inglesa consideraba que la atención al parto era un momento trascendental en la vida de una mujer y que tan solo podía ser confiada a mujeres formadas, inteligentes, educadas y, ante todo, conocedoras de todos los aspectos relacionados con la obstetricia, capaces de consultar a un médico cuando la situación lo precisase.

En 1821 se descubrió de forma fortuita la auscultación fetal. Lo hizo el médico internista J. Alenxandre Lejumeau, lo cual supuso un hito obstétrico, ya que permitió valorar, a partir de ese momento, la vitalidad fetal dentro del útero materno. Hasta ese momento se escuchaba el latido fetal poniendo la oreja sobre el abdomen materno.

Muy poco tiempo después, un ginecólogo francés, el doctor Adolphe Pinard, presentó una herramienta de su creación para auscultar los latidos cardiacos del feto durante el embarazo, lo que se conoció durante mucho tiempo como «trompetilla acústica». Medía apenas veinte centímetros y su única función era amplificar el sonido.

La introducción de la anestesia en ginecología fue otro de los grandes avances del siglo XIX, el doctor Young Simpson (1774-1870) fue el primero el aliviar con éxito el dolor en el parto, un acontecimiento clave y del que nos ocuparemos más adelante. Con posterioridad, se introducirían los criterios de la frecuencia cardiaca fetal normal, los electrodos fetales y la determinación del pH en la calota fetal.